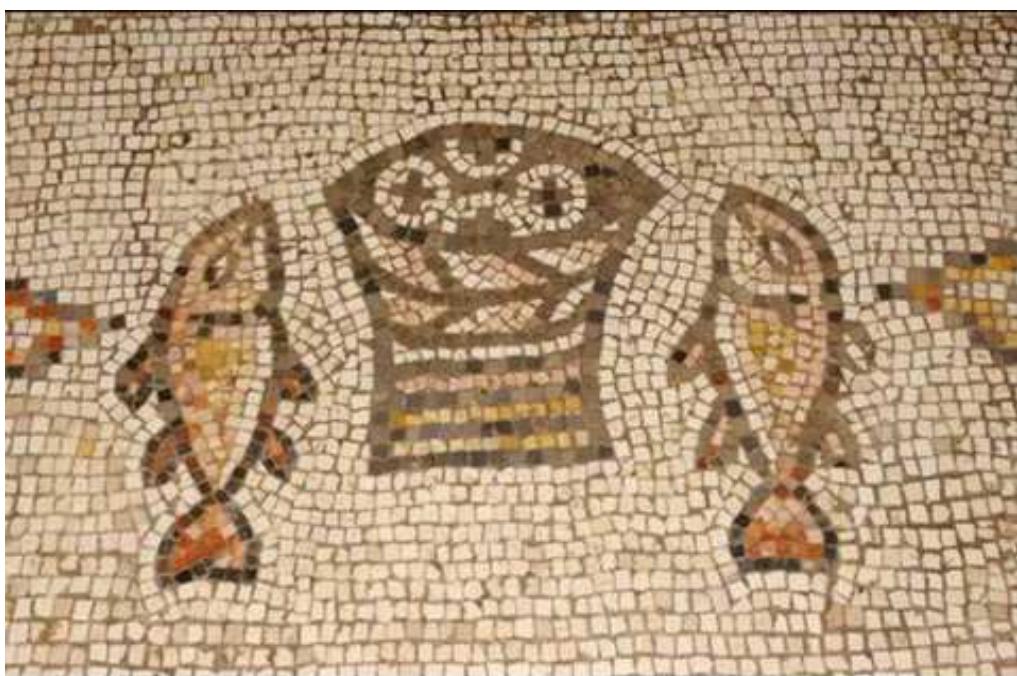


LA IMPLANTACIÓN DEL

CRISTIANISMO EN HISPANIA:

UN ESTADO DE LA CUESTIÓN



Alumno: Tomás Purroy Omenat

Director: Gabriel Sopeña Genzor

Junio 2014

4º Historia

Trabajo de Fin de Grado



ÍNDICE

• Índice	2
• Introducción	3 - 4
• El cristianismo primitivo: de secta judaica	5 - 9
a religión oficial del Imperio Romano	
• Las Hispanias en el Bajo Imperio	10 - 13
• La hipótesis del origen africano del cristianismo hispano.....	14 - 23
• Otras hipótesis	24 - 28
• Decadencia de la influencia africana y unión a Roma	29 - 31
• Conclusiones	32 - 33
• Bibliografía	34 - 39

INTRODUCCIÓN

El presente trabajo trata de sintetizar y analizar, a partir de un trabajo bibliográfico crítico, la hipótesis de que las Hispanias fueron cristianizadas, en un principio, desde el Sur, desde África. Esta posibilidad, defendida fundamentalmente por José María Blázquez y M. Díaz y Díaz y contestada, entre otros, por Manuel Sotomayor, ha despertado polémica en épocas recientes¹. Antes de abordar el tema he considerado conveniente realizar una somera introducción al cristianismo primitivo, su desarrollo y el contexto del Bajo Imperio en la región, ya que nos hallamos ante un proceso local integrado en uno mucho más amplio que afectó a todo el Imperio Romano e incluso más allá, desde Armenia hasta Etiopía y Britania. La adscripción temporal al Bajo Imperio se debe a la absoluta escasez de fuentes y restos arqueológicos para el cristianismo hispano en la época del Alto Imperio, lo cual abre la puerta a muchas especulaciones e inseguridades. Tras esta introducción pasaré a desgranar una serie de argumentos a favor y en contra de la tesis expuesta, para finalizar con la conclusión y la bibliografía usada en el trabajo.

Respecto a la bibliografía, aparte de manuales y obras específicas de diversos temas diversos –que constan detalladamente en el elenco bibliográfico del final–, resulta ineludible para el tema propuesto la obra de José María Blázquez, sin lugar a dudas el autor en castellano que más ha profundizado en el asunto, siendo la verdadera piedra angular de este planteamiento de la historiografía española. Por otro lado también han resultado de gran ayuda otros autores en cuestiones más concretas, como, Ramón Teja –en su extensa obra– y José Montserrat Torrents con sus brillantes síntesis acerca del cristianismo primitivo y su evolución hasta encumbrarse como religión oficial del Imperio Romano; la tesis doctoral de María Victoria Escrivano Paño, centrada en la religiosidad en Hispania en los siglos IV y V, en especial sobre el priscilianismo, trabajo que ha sido acompañado de una fecunda obra posterior; las reflexiones de Ursicino Domínguez del Val acerca del arrianismo en Hispania, especialmente de su fin a

¹ TEJA R., 1990, p. 117; SOTOMAYOR, 1981; DÍAZ Y DÍAZ, 1967.

manos del catolicismo de los hermanos Leandro e Isidoro de Sevilla; y, por último, los estudios acerca de las primitivas y florecientes iglesias en el norte de África de Alexander Evers. También he utilizado en algunos puntos más concretos los comentarios a la Biblia católica, concretamente la traducción de Nácar y Colunga serie Maior.

Estudiar los orígenes del cristianismo es siempre un reto, dada la escasez de fuentes, lo cual hace que sea difícil, por no decir imposible, defender rotundamente una postura concreta dejando siempre muchos interrogantes muchas veces solventados por la importantísima aportación arqueológica. Por otro lado el tema resulta controvertido para muchos historiadores, ya que abundan las interpretaciones religiosas que, observando la inspiración divina por doquier, buscan apuntalar ideas preconcebidas, sobre todo de carácter confesional. Un historiador debe intentar liberar su interpretación, en la medida de lo posible, de sistemas prejuiciados, pudiendo cambiar su teoría o percepción inicial en caso de que no concuerde con los hechos². Al no haberse adoptado estos presupuestos científicos y objetivos hasta fechas recientes, podemos decir que el campo de la Historia de la Iglesia es relativamente joven y aun puede dar bastante de sí. Aparte del propio historiador, estos estudios tienen otro inconveniente adicional: el hecho de que durante siglos las fuentes hayan estado contaminadas por el providencialismo y los intereses eclesiásticos, lo cual hace bastante más arduo su estudio en comparación con otras fuentes de la época y a la hora de acercarse a la bibliografía. Entre los autores consultados, prácticamente todos utilizan una metodología académica y de estricta índole histórica, con la excepción de Ursicino Domínguez del Val, cuya obra es claramente normativa, defensora de la ortodoxia Católica y denigratoria frente a todas las desviaciones a la misma, especialmente el arrianismo³.

² MONTSERRAT TORRENTS, J., 1989, pp. 11 – 21.

³ SOTOMAYOR M., 1983, pp. 9 – 10.

EL CRISTIANISMO PRIMITIVO:

DE SECTA JUDAÍCA A RELIGIÓN

OFICIAL DEL IMPERIO ROMANO

El cristianismo primitivo fue incubado en el seno del judaísmo del siglo I, una religión enfrascada en un enfrentamiento con el helenismo representado en ese momento por Roma. Sus principales características eran los grandes privilegios, su proselitismo y su tendencia a producir sectas de todo tipo. En los años 30, en un contexto en el cual los judíos piadosos se sentían abandonados lanzándose en manos de profetas apocalípticos, surgió un movimiento baptista y nacionalista en Galilea en torno a Juan el Bautista, en cuyo seno surgió la figura de Jesús, un profeta rural con una visión muy espiritualista. El grupo planeó dar un golpe en Jerusalén, pero la empresa fracasó y algunos, entre ellos Jesús, fueron ejecutados. Sin embargo sus seguidores no se desbandaron ni desanimaron, sino que vieron el “sentido” de sus predicaciones como la llegada inmediata del Mesías y su supuesta resurrección, extendiendo su mensaje con gran éxito, aunque con muy diversas interpretaciones⁴.

El judaísmo no era una religión cualquiera dentro del Imperio Romano puesto que los judíos representaban aproximadamente el 10% de la población y estaban concentrados en Oriente suponiendo un potencial foco de rebelión. Su creciente presencia, unida a su segregación urbana, su exclusivismo religioso y su potente proselitismo les granjeó la desconfianza general en las sociedades egipcia, griega y romana. Ante esta situación, las autoridades imperiales, de Julio César (59 – 44 a.C.) a Claudio (41-54), concedieron privilegios singulares a la comunidad hebrea, consolidando su segregación y diferenciación del resto de la población. Estas ventajas, que solo afectaban totalmente a los judíos de raza censados en la sinagoga, consistían entre otras en evitar el culto oficial,

⁴ MONTSERRAT TORRENTS, J., 1989, pp. 29-30, 305-315; SIMON, M., 1960; GRANT, M., 1973 (1995); SIMON, M. Y BENOIT, A., 1972, pp. 198 – 200.

derecho de reunión para cuestiones religiosas y civiles; tener una administración de justicia y cementerios propios, derecho de recolectar el “dinero del Templo” enviándolo a Jerusalén; exención del servicio militar por su observancia del sábado y sus restricciones alimentarias... Pero esta avenencia entre el Imperio y el judaísmo se fue deteriorando, especialmente al emerger el cristianismo paulino y, sobre todo, por las constantes revueltas en la zona palestina en connivencia con los partos, destacando una en época de Tito (66 – 73) y la gran rebelión de Simón Bar Koshiba (132 – 135)⁵. Por ello y su exitoso proselitismo fueron pasando de ser vistos como un pueblo tolerado en sus costumbres a un pueblo hostil del cual se desconfiaba y al que comenzaron a restringírsele los derechos, especialmente en Palestina a consecuencia de las guerras y, en mucha menor medida, en la numerosísima diáspora que creció a su vez en número e importancia⁶.

Característico del judaísmo fue su extendido proselitismo entre las comunidades helenísticas (gentiles), que evidenciaría un cierto universalismo latente y anterior al cristianismo. La situación llegó hasta tal punto que en algunas ciudades helenísticas llegaban incluso, para pasmo de muchos como el filósofo Séneca, a observar el descanso del sábado y las demás costumbres judías de forma general⁷. Los gentiles podían acceder al judaísmo como prosélitos, integrándose plenamente mediante el bautismo y la circuncisión, o como metuentes, cumpliendo la Ley sin circuncidarse estando en el entorno de la sinagoga. Los metuentes eran muy numerosos, atraídos por la dogmática judía; pero repelidos por sus implicaciones prácticas, en los templos se les aceptaba como fuente de apoyo socioeconómico y futuros adeptos. El éxito fue espectacular, en especial entre las mujeres al ser los hombres más reacios por la cuestión de la circuncisión, hasta el punto que las autoridades locales se alarmaron y

⁵ SCHÄFER, P., 2003.

⁶ MONTSERRAT TORRENTS, J., 1989, pp. 30 – 50.

⁷ “Lo que sintió Séneca de los judíos, entre otras supersticiones relativas a la teología civil, reprende igualmente a sus ritos, especialmente la solemnidad del sábado, diciendo que la celebran inútilmente; porque en los días que interponen cada siete días, estando ociosos, pierden casi la séptima parte de la vida, y se malbaratan muchas cosas dejándolas de hacer al tiempo que debieran; pero no se atrevió a hacer mención a los cristianos, que ya entonces eran aborrecidos de los judíos, ni en bien ni en mal, o por no alabarlos quebrando la antigua costumbre de su patria, o por no reprenderlos quizá contra su voluntad” (San Agustín, *La Ciudad de Dios*, VI, 21. Edición de MONTES DE OCA, F., 1994).

fueron vistos como una amenaza a la tradición pagana, provocando diversas persecuciones⁸.

La última característica sería la tendencia a producir dentro del propio judaísmo grupos, sectas, que solo compartían la Escritura y la Ley. Eran fruto de la diferente combinación de las múltiples influencias latentes dentro del hebraísmo: helenísticas, legalistas, apocalípticas, nacionalistas, mesiánicas, gnosticistas, ascéticas... Uno de estos grupos/sectas fue el cristianismo, en el cual predominaron las influencias mesiánicas y ascéticas y que, al desarrollarse, se dividiría en infinidad de grupos con interpretaciones dispares, heredando la tradición fragmentaria del judaísmo⁹.

El cristianismo supuso la culminación de la tendencia al proselitismo judío de la mano de Pablo de Tarso -con Filón de Alejandría como precedente-, el cual trató de presentar las creencias de Israel al público culto helenístico usando el racionalismo y rompiendo con la exclusividad precedente, centrada en la Tierra Prometida. Pablo, por lo demás, un antiguo judío ortodoxo, vio el futuro y la gloria de Israel en aceptar a los gentiles en las sinagogas en el marco de una Nueva Alianza dirigida por Jesucristo, que superaría el cumplimiento de la Ley judía y haría realidad la promesa universalista de Yavhé. Por supuesto, estas teorías fueron rechazadas firmemente por los hebreos ortodoxos y rigoristas, incluso dentro del propio grupo cristiano Pablo se enfrentó duramente a los apóstoles, en especial al núcleo duro de Jerusalén dirigido por Jacobo, el “hermano de Jesús”. Esta variante paulina del cristianismo prendió con mucha fuerza entre los metuentes de las sinagogas urbanas de Asia Menor, Grecia y Macedonia, marcando las bases de la expansión cristiana y de su diferenciación con el judaísmo al adaptarlo a la sociedad helenística en las formas y rechazando la Ley en beneficio de la Fe. El grupo logró la preeminencia dentro del cristianismo por su enorme expansión en Oriente y Roma, además de que los cristianos más ortodoxos y nacionalistas judíos, radicados en Palestina, fueron exterminados o dispersados en las guerras contra el Imperio Romano, reforzando la visión paulina de una Nueva Alianza abierta a los gentiles¹⁰.

⁸ SAND, S., 2011, pp. 184 – 196; GRUEN, E. S., 2002.

⁹ SIMON, M., 1960.

¹⁰ NACAR, E. y COLUNGA, A., 1975, pp. 1465 -1471; THEISSEN, G., 2002; SEGOVIA, C.A., 2013.

A pesar de poseer una ideología ya diferente a la del judaísmo, los cristianos fueron muy reacios a salir de la sinagoga para no perder sus sustanciosos privilegios y evitar exponerse a la represión romana. Sin embargo, con el paso de las décadas las diferencias fueron siendo más amplias y se llegó a un punto que eran insalvables a causa de cuestiones como la divinización de Jesucristo, las especulaciones trinitarias, el creciente rechazo de la Ley, la introducción de los Evangelios en la Biblia, el surgimiento de una jerarquía y ritos propios y la aplastante mayoría e influencia de los gentiles helenísticos, que desjudaizarán al movimiento con una clara influencia moral estoica¹¹. Por ello, se puede afirmar que la expansión de la secta judía que era el cristianismo fue posible gracias a la unidad política y cultural que suponía el Imperio Romano y a la red de sinagogas establecida dentro del mismo por la diáspora judía en sus núcleos urbanos, formando un sistema idóneo para la trasmisión de ideas. Por otro lado, el ideal monoteísta cristiano pudo ser atractivo en una monarquía que a lo largo de los años se fue divinizando y en algunos ámbitos de la cultura y la filosofía paganas, en especial los neoplatónicos y estoicos, sirviendo como enlace filósofos como Plotino y Orígenes¹².

Durante los dos primeros siglos no hubo persecuciones generalizadas, salvo algunas localizadas como la realizada en Roma por el emperador Nerón (64 – 68), al estar los cristianos bajo el paraguas de los privilegios judíos. Pero cuando salieron de las sinagogas comenzaron sus problemas con el Imperio y las persecuciones, en especial en la segunda mitad del siglo III (Decio, 250 – 251 y Valeriano, 256 – 259) y a principios del IV (Diocleciano, 303 - 306). Sin embargo el cristianismo estaba más que consolidado tras dos siglos en los cuales había asimilado mucho y no se había dejado asimilar, así que resistió los duros embates que supusieron las persecuciones saliendo incluso reforzando de ellas al añadir el poderoso mito de los mártires a su tradición. De hecho, el mayor problema del cristianismo en estas tempranas épocas no vino del estado romano y su represión, sino de sus divisiones y conflictos internos, costumbre heredada

¹¹ MONTSERRAT TORRENTS, J., 1989, pp. 94-148, 258-260.

¹² BERRAONDO, J., 1992, pp. 6 – 14; ALVAR, J. *et alii*, 1995, pp. 227-250.

de su ancestro el judaísmo y potenciada por la falta de dogma claro. En estos primeros siglos se irá conformando este, a la vez que surgía una jerarquía eclesial encabezada por los obispos y se creaba un nuevo canon sagrado, el Nuevo Testamento. Las disputas internas se centraban en torno a la condición de Jesús y al rigorismo, chocando posturas más laxas (Roma) con posturas más rigoristas (África): el primer tipo afectó duramente a Oriente y el segundo a Occidente de forma menos turbulenta¹³.

Finalmente, en el siglo IV la Iglesia se fue integrando en el Estado Romano a partir de la política de Constantino desde de los Acuerdos de Milán (312 – 313) tras el intento fallido de Diocleciano de eliminar el cristianismo, viéndolo como una amenaza grave para el Imperio y la ideología imperial tetrárquica. La política religiosa de Constantino, al parecer dirigida por su consejero imperial el obispo de Córdoba, Osio, hizo que el emperador interviniera activamente en los asuntos internos de la Iglesia mediante concilios, reuniones de obispos destacando el Concilio de Arlés (314), convocado frente al donatismo surgido en África y el Concilio de Nicea (325), que logró derrotar definitivamente al donatismo pero no al arrianismo que siguió resistiéndose. Los siguientes emperadores insistieron en esta tendencia -salvo el fallido intento de involución de Julian el Apóstata (361-363)-, reforzando el poder de la Iglesia hasta la culminación del proceso con Teodosio I, quien, bajo la poderosa sombra de Ambrosio de Milán, en el Edicto de Tesalónica (380) encumbró al cristianismo niceno como religión oficial del Estado. Poco a poco el cristianismo pasó de perseguido a perseguidor, tanto del paganismo como, sobre todo, de los herejes cristianos que no aceptaban la ortodoxia nicena. Esta política marcó un antes y un después, apoyándose el Estado en la Iglesia de una forma que marcará los siglos venideros siendo la institución, de hecho, un Estado dentro del estado¹⁴.

¹³ TEJA, R. 1990 pp. 27 – 40; STEGEMANN, E.W. y STEGEMANN W., 2001, pp. 259 y ss. *Passim*
¹⁴ ESCRIBANO, M^a V., 2014.

LAS HISPANIAS EN EL BAJO IMPERIO¹⁵

En esta época de metamorfosis el Imperio liquidó el principado de Augusto, surgiendo un nuevo modelo para hacer frente a las turbulencias internas y externas del siglo III. Hispania estaba en una situación marginal dentro de los grandes problemas fronterizos del Imperio, era una zona relativamente tranquila, lejos de la capital y de la corte y sin contingentes militares importantes. Esto no quiere decir que fuera una región secundaria en el reparto de poder y la riqueza, de hecho, a lo largo del Alto Imperio, muchos de los senadores y personajes clave de la élite fueron hispanos (Séneca, Columela, Quintiliano, Marcial, Pomponio Mela, Licinio Sura...), hasta el punto que algunos estudiosos han hablado de un grupos de presión hispanos en Roma, aunque es improbable que antepusieran su interés regional al romano o al particular¹⁶.

Antes del siglo III, la crisis tuvo unos prolegómenos en el siglo II que afectaron a la región con diversas revueltas en época de los Antoninos: la del legado Cornelio Prisciano (145), la de Materno (186) y, la más grave, la de Clodio Albino (193 – 197), cuya represión afectó duramente a las élites hispanas. Por otro lado, las guerras endémicas que afectaron al Imperio desde el principado de Marco Aurelio supusieron una constante sangría humana a causa del constante reclutamiento militar, a la vez que las epidemias amplificaron más aun la sensación de crisis junto a la primera ruptura de la *pax romana* en las Hispanias a causa de una invasión de pueblos mauritanos en el 170. Ya en el siglo III, pero antes de que estallara la crisis propiamente dicha en las Hispanias, el emperador Caracalla promulgó la *Constitutio Antoniniana* concediendo la ciudadanía a todos los hombres libres culminando el proceso de integración y romanización, aunque las consecuencias prácticas no fueron tan extensas como podría parecer a simple vista, al ser ya un hecho consumado entre las elites, únicas capaces de hacer valer sus derechos.

¹⁵ Las siguientes líneas, que no pretenden sino un enmarque general de los múltiples y vigentes problemas acerca del periodo, se remiten a: ARCE, J., 2009; CAMERON, A., 1998; CEPAS PALANCA, A., 1997; DODDS, E.R., 1975; FERNÁNDEZ UBIÑA, J., 1981; GÓMEZ FERNÁNDEZ, F. J., 2000; HERNÁNDEZ GUERRA, L., 2005; LOMAS F. J., 2004; MOMIGLIANO, A., 1989; TEJA, R., 2004.

¹⁶ CANTO, A. 2003; DES BOCS-PLATEAUX, F., 2005; véase BLÁZQUEZ, J.M.^a, 2006, pp. 295-313.

La profunda crisis del siglo III se alargó desde la caída de la dinastía severiana, con el asesinato de Severo Alejandro (235), a la conquista del poder por parte de Diocleciano (284). El Imperio quedó sumido en un absoluto caos con constantes sublevaciones e invasiones que impulsaron un proceso de transformación, del cual surgió un sistema imperial muy diferente al anterior. Los acontecimientos políticos más importantes en las Hispanias fueron: una incursión de los alamanes (276) y alguna franca, destructivas pero poco relevantes comparadas con las que arrasaban el Imperio; y la secesión de la mano del Imperio de las Galias de Póstumo (260 – 271). A lo largo del periodo la región perdió peso al carecer de un poderoso ejército que poner en liza en las constantes guerras civiles, por ello se integró en una entidad geográfica mucho más amplia junto a las Galias y Britania¹⁷.

En cuanto a la economía, destacaban las exportaciones de salazones cayendo dramáticamente las de aceite de la Bética y del cereal, importándose los materiales de construcción y decoración (mármol, cerámica, ladrillos), ya que las antaño fastuosas minas estaban prácticamente agotadas. Desde luego la crisis quebró buena parte de las rutas comerciales y la demanda; pero en el caso hispano fue más determinante la competencia africana respecto a productos oleícolas y cerealicios. Por otra parte, las finanzas públicas se encontraban extenuadas a todos los niveles, en especial en las ciudades, ante el gran gasto que habían hecho en cuestiones monumentales improductivas en época de bonanza y los frágiles sistemas fiscales imperantes. A todo esto se sumó el proceso de consolidación del sistema aristocrático que tuvo lugar en el sector primario, mediante grandes latifundios encabezados por villas a las cuales se desplazaron los prohombres desde los ámbitos urbanos ante la presión fiscal (*anachóresis*) teniendo lugar una creciente ruralización.

Respecto a la intelectualidad hispana, fue bastante mediocre a lo largo de los siglos II – III, tendencia que se rompió en el siglo IV en un renacimiento vinculado estrechamente al cristianismo centrándose en cuestiones teológicas, aunque no llegará a la altura de los

¹⁷ ARCE, J. *et alii*, 1995.

autores de comienzo del Principado con Séneca a la cabeza. Destacaron grandes figuras como Osio de Córdoba, consejero de Constantino para cuestiones religiosas, de tal importancia que incluso presidió el Concilio de Nicea (325) en nombre del Papa y el emperador frente al arrianismo¹⁸; Gregorio de Iliberris, obispo de Elvira y furibundo antiarriano; Orosio, historiador cristiano con una obra apologética frente al paganismo; Hidacio, obispo e historiador que tuvo que lidiar con los suevos y cuya obra se centrará en Hispania, sobre todo en su Gallaecia natal; Paciano, obispo de Tarragona, cuya obra literaria probará una gran influencia de los clásicos; Dámaso (366 – 384), obispo de Roma importante en la construcción del papado y muy controvertido en su tiempo; Prudencio, consejero de Teodosio y gobernador provincial, pero destacó al ser el mayor poeta cristiano de su tiempo, influyendo mucho en los posteriores. El renacer llegó hasta el punto que el emperador Teodosio (379 – 395) gobernó rodeado de lo que algunos autores han denominado un *clan hispano*, tal y como había hecho en su tiempo Trajano (98 – 117). En relación con todo esto, en el campo religioso el culto tradicional fue descendiendo frente a cultos orientales, entre los cuales destacó el cristianismo, que pasó de perseguido (Decio, Valeriano, Diocleciano), a tolerado (Galerio) y perseguidor (Teodosio).



El emperador Diocleciano (284 – 305) supuso un punto de inflexión, ya que con la instauración del sistema tetrárquico logró superar la catastrófica crisis que padecía el Imperio. También realizó una profunda reforma administrativa fragmentando las provincias para restar poder a los gobernadores y agrupándolas en doce diócesis y cuatro prefecturas. La

¹⁸ SUREDÀ BLANES, F., 1928, pp. 13-19; ESCRIBANO, M^a V., 2014, pp. 693 y ss.

diócesis de Hispania (imagen¹⁹) agrupaba las provincias de la *Gallaecia*, Tarragonense, Cartaginense, Baleares, *Baetica*, Lusitania y Mauritania Tingitana, perteneciendo a su vez a la prefectura de las Galias. Estos cambios supusieron un gran aumento de la burocracia, a la cual, en los principados siguientes, se uniría la jerarquía cristiana encabezada por los obispos. A su vez, el periodo de la Tetrarquía supuso una recuperación generalizada de la región en todos los campos, especialmente el intelectual y el urbano, aunque no se alcanzaron los niveles de otras épocas, especialmente por no contar la economía con las mismas materias primas explotadas en otras épocas, sobre todo la minería.

Durante estos años el cristianismo penetró en la Península Ibérica, de forma tímida en un principio y concentrada en las zonas urbanas, marítimas y fluviales del sur y el este. La región, a pesar de ser marginal, también sufrió las persecuciones a esta confesión decretada por Decio, Valeriano y Diocleciano. Pero no lograron acabar con la nueva religión, más bien al contrario, ya que impulsaron un mito poderoso de la mano de los numerosos mártires. Desde el punto de vista religioso, la verdadera ruptura entre Alto y Bajo Imperio tuvo lugar con la subida al poder de Constantino, marcando el progresivo ascenso cristiano frente a la religión tradicional²⁰.

En conclusión, la crisis del siglo III fue un punto de inflexión transformador que vio florecer los latifundios, expandirse el cristianismo y contemplar una metamorfosis cultural en la que, entrando en decadencia los núcleos urbanos -que se fortificaron-, la transformación de la administración imperial resultó definitiva.

¹⁹ www.lasalle.es/santanderapuntes/historia_2/webs_historia/roma/roma_hispania_en_tiempos_de_diocleciano.jpg

²⁰ SOTOMAYOR, M., 1981, p. 173.

LA HIPÓTESIS DEL ORIGEN AFRICANO DEL CRISTIANISMO HISPANO

Para justificar el origen africano del cristianismo en Hispania, hay una serie de argumentos de peso que en este apartado iré desgranando: la existencia de una floreciente iglesia cristiana en el norte de África, las intensas relaciones entre esta y las Hispanias, los numerosos paralelismos artísticos entre ambas regiones; las similitudes en el dogma religioso y las formas de culto, argumentos geográficos y el papel del ejército imperial.

LA EXISTENCIA DE UN PODEROSO CRISTIANISMO EN EL NORTE DE ÁFRICA

El norte de África, refiriéndonos más concretamente a la provincia de África con capital en Cartago, fue uno de los lugares más seguros y prósperos del Imperio Romano hasta la llegada de los vándalos ya en sus épocas finales, por su lejanía de los frentes bélicos más peliagudos como el Rin o Partia. Prueba y consecuencia de ello fue la vitalidad, dinamismo y longevidad de sus instituciones municipales en los núcleos urbanos, en especial en comparación con otras áreas del estado romano, hasta el punto que llegó a ser una característica propia de la región²¹.

El cristianismo prendió con gran fuerza en estas provincias, que debieron ser vitales para su expansión al ser puente entre Oriente y Occidente, tal y como prueban los cánones conciliares y las obras de Isidoro, Prudencia, Paciano, Osorio y Prisciliano, por citar autores destacados. La epigrafía es poco significativa y reveladora, limitándose a una serie de inscripciones funerarias²², en todo caso la arqueología tardoantigua está

²¹ EVERS, A. 2010, pp. 299-303

²² Un reciente estudio de un caso tipo zonal en BELTRÁN LLORIS, F., 2014, pp. 379-390

viviendo una época de esplendor con lo que resulta previsible que surjan importantes novedades al respecto que modifiquen el estado actual de nuestros conocimientos²³.

El gran ícono del cristianismo cartaginés fue su obispo Cipriano, aunque anteriormente hubo ya grandes personajes como Tertuliano, padre de la iglesia de finales del siglo II – principios del siglo III, el cual realizó una de las primeras referencias al cristianismo hispano. Cipriano fue un personaje de buena familia que había sido educado en el paganismo y se había convertido. En su episcopado al frente de Cartago (249 – 258) tuvo que lidiar con graves dificultades al sucederse los cismas, las persecuciones y las herejías. Ante todo ello desarrolló su propia jerarquía eclesial usando el modelo municipal romano como ejemplo y un lenguaje secular que daba gran importancia al pueblo (*plebs*) en cuestiones como la elección de los obispos, a la vez que profundizaba en el rigorismo, en especial en comparación con el papado romano, ante el cual era totalmente independiente y en muchas cuestiones opuesto²⁴. Esta gran corriente rigorista e independiente africana acabó desembocando en el cisma donatista, el cual en los siguientes puntos detallaré. Así pues, el norte de África fue un gran foco cristiano en las tempranas etapas del cristianismo, llegando a ser el segundo más importante de Occidente, solo por detrás de Roma²⁵.

LA PROFUNDA RELACIÓN DE LAS HISPANIAS CON ORIENTE

Contrariamente a lo que pueda pensarse, las relaciones de Hispania con Oriente fueron numerosas y fructíferas, no hay que olvidar que pertenecían al mismo estado, en el caso norteafricano incluso desde antes de la conquista romana. Inicialmente podemos diferenciar de tres tipos diferentes de relaciones: comerciales, étnicas y administrativas. En primer lugar destacaban las relaciones de carácter mercantil, pues la Península Ibérica fue una gran exportadora de cereales, *garum*, metales, salazones, etc.; y los barcos orientales fondeaban en el levante hispano recogiendo dichos productos e

²³ Por ejemplo, DIARTE, P., 2012.

²⁴ TEJA, R., 1990a.

²⁵ EVERS, A., 2010, pp. 299-303.

importando otros, en especial orfebrería, a la cual posteriormente acudiré más detenidamente. Al parecer hubo algunos entre estos mercaderes que actuaron como verdaderos misioneros cristianos, tales como San Cucufate o San Félix. En segundo lugar, también hubo intensas relaciones de carácter étnico: en Hispania había extensas comunidades judías y, prácticamente con total seguridad, comunidades sirias, africanas y de otros grupos, las cuales mantenían contacto con sus correligionarios de otras regiones y que probablemente fueron tempranos focos de cristianización y transmisión de ideas orientales²⁶. También hubo intensas relaciones administrativas resultantes de estar ambas regiones integradas en el Imperio, de forma que diversos hispanos ocuparon cargos en Oriente y viceversa, además de que en Roma confluían delegaciones y grupos de todas las provincias.

Sería importante comentar que, ya a finales del siglo IV y comienzos del V, en época cristiana, hubo una nueva fuente de relación mediante intelectuales como Jerónimo y numerosos peregrinos. El caso de Jerónimo es importante por su relación mediante correspondencia con personajes hispanos como el latifundista de la Bética Lucino y con un sacerdote ciego de la misma región, a quien detalló en su obra *De Viris illustribus* junto a diversos destacados eclesiásticos y literatos hispanos y tratando el priscilianismo, probando que estaba muy al tanto de todo lo que ocurría al otro lado del Mediterráneo²⁷. En cuanto a los peregrinos, muchos se acercaron a Tierra Santa, pasando en su larga travesía por el norte de África. Algunos de los más destacados fueron: Avito de Braga, que acudió a Jerusalén conociendo a Jerónimo; Melania la Joven, quien tras nueve años de peregrinaje por África fundó un monasterio en Palestina o la Dama Egeria, que realizó un jugoso relato de su viaje a Oriente²⁸.

Desde luego, prueba de la gran relación de Oriente con el resto del Imperio fue el gran éxito que tuvieron religiones originarias de esta esquina del Imperio Romano, como los cultos de Isis, Serapis, Atargatis, Elagabal, Cibeles, el judaísmo y, finalmente, su variante más expansiva, el propio cristianismo.

²⁶ GARCÍA IGLESIAS, 1978.

²⁷ BAUTISTA VALERO, J., 1993 – 1995.

²⁸ BLÁZQUEZ, J M^a, 1990, pp. 187-204.

PARALELISMOS ARTÍSTICOS

Los paralelismos simbólicos y artísticos entre los grupos cristianos africanos e hispanos son innegables a lo largo de los siglos III y IV, dando a entender una más que evidente influencia africana en la Península Ibérica. Ante la cantidad de simbología que concuerda con Oriente, se ha llegado a plantear la existencia de numerosas comunidades orientales en Hispania, de origen sirio y africano, que serían de las primeras en abrazar el cristianismo en masa²⁹. A grandes rasgos los podríamos dividir en varios apartados: arquitectura, sarcófagos, mosaicos y otros objetos menos comunes o significativos.

En primer lugar, los sarcófagos paleocristianos, documentos esenciales para el conocimiento del cristianismo hispano³⁰. A lo largo de los siglos III – IV fueron importados en grandes cantidades desde Roma, núcleo inicial de exportación, por las clases altas hispanas cristianizadas. La abundancia de este comercio refleja una tolerancia tácita en Roma e Hispania con el cristianismo, ya que se han encontrado piezas de este tipo en numerosas localizaciones: Gerona, Córdoba, Toledo, Almería, Zaragoza, Tarragona o León. Ante el auge del negocio funerario y el vacío generado, al ser arrasada Roma en las invasiones bárbaras y perder su capitalidad, surgió una novedosa industria local con talleres en Tarraco, la Bética y Bureba (Burgos) que se inspirarán en modelos orientales, cartagineses para ser más exactos; salvo el de *Tarraco*, que combinará la influencia cartaginesa con la itálica. En este estilo orientalizante destaca como ejemplo el sarcófago de Briviesca, hecho por el taller de Bureba (Burgos) y que tendrá como protagonista a Santa Perpetua, muy venerada en África pero desconocida en el primitivo calendario de la Iglesia hispana. Esta pieza es destacada, ya que prueba la conexión hispana con Oriente y la llegada del cristianismo al interior profundo de la Península. Están documentados otros muchos sarcófagos con claras influencias orientales, por ejemplo los de Écija y Alcaudete. El hecho de que los talleres

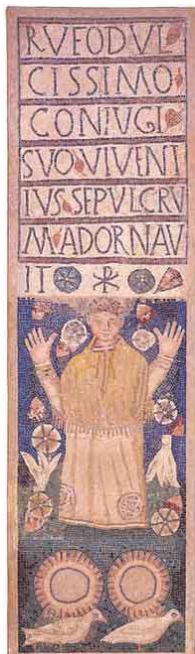
²⁹ La opinión pionera al respecto la acuñó GARCÍA Y BELLIDO, A. *El elemento forastero en Hispania Romana*, 1959; bibliografía detallada en BLÁZQUEZ, J.M., 1969.

³⁰ NOGUERA J.M. Y CONDE GUERRI (eds.), 2001; SCHLUNK, H., 1972.

locales trabajasen con influencias africanas y no itálicas sería un indicio claro de una mayor relación con la región oriental, tanto en las formas artísticas como en la simbología usada. La gran abundancia en épocas tempranas de sarcófagos paleocristianos indica que en Hispania, en un principio, una buena parte de los cristianos pertenecían a clases pudientes, al igual que sucede con los mosaicos³¹.

En cuanto a los paralelismos arquitectónicos, son destacables las plantas de muchas basílicas con un ábside rectangular típicamente sirio y no como el exento y circular que sería el romano. Este tipo de basílicas fue también muy común en el norte de África y en Hispania se concentró en las Islas Baleares, Tarragona (necrópolis de San Fructuoso, Barcelona (Santa María de Tarrasa) y en el levante español, con mínima presencia en la Bética y Extremadura, excepción hecha de la basílica de Mérida³².

También son muy remarcables los mosaicos paleocristianos con influencia africana, más concretamente cartaginesa. Son numerosísimos tanto en villas como en edificios religiosos de la época, repartidos sobre todo por el levante y la zona pirenaica: Valeria, Tabarica, Huesca (Coscojuela de Fantova³³, Pirineo, Fraga) Navarra (Pulcitus) y sobre todo en el levante (Islas Baleares). Probablemente la inmensa mayoría fueron obra de talleres locales y ambulantes, sin ser necesaria su importación desde otras regiones. Por último, también se han localizado claras influencias africanas en cerámicas estampadas, pilas bautismales, ladrillos, objetos de culto, etc., material arqueológico también concentrado de forma casi exclusiva en Baleares, *Tarragonensis* y la Bética. Esta concentración de objetos de marcada influencia africana en dichas regiones ha llevado a numerosos autores como Helmunt



³¹ NEIRA JIMÉNEZ, M.L., 2007.

³² DE PALOL, P., 1967; DIARTE, P. 2012.

³³ SOPEÑA, G. (ed.), 2014, p. 673.

Schlunk y Pedro de Palol a defender firmemente el origen africano del cristianismo hispano con Baleares como nexo de unión entre ambas regiones³⁴.

PARALELISMOS DOGMÁTICOS: EL RIGORISMO Y EL CISMA DONATISTA

El fin de la persecución imperial contra el cristianismo no supuso en sí misma el fin de los conflictos religiosos: a lo largo del siglo III comenzó a ser evidente la tensión entre un cristianismo rigorista y apocalíptico y otro moderado, mucho más romanizado, habiendo abrazado la jerarquía romana al segundo con el papa Calixto generando una fuerte controversia en la relativamente calmada Iglesia Occidental. Se fue conformando un gran núcleo rigorista, centrado en la idea de *Ecclesia potens*, que considerará a las persecuciones como una respuesta divina a la relajación de las costumbres, con autores destacados como Hipólito y Tertuliano. Este último logrará crear una gran corriente de pensamiento en África que fue desarrollada por su discípulo San Cipriano, obispo de Cartago, y posteriormente por Donato, obispo de Numidia³⁵.

Las persecuciones provocarán la fractura entre las dos tendencias al rechazar y ser muy duros los rigoristas con los apostatas y *tradidores*, aquellos que habían cedido las Sagradas Escrituras a las autoridades, frente a la creciente permisividad de las autoridades romanas. Esta corriente rigorista cuajó en el cisma donatista, que prendió con mucha fuerza en África sobre todo, donde estuvo latente incluso más allá del Concilio de Cartago (411) y a pesar de los grandes esfuerzos de obispos y personalidades como Agustín de Hipona. Algunos autores han querido ver un trasfondo social en este conflicto en un enfrentamiento entre población romanizada latina y los bereberes. Es una posibilidad, pero desde luego poco probable al ser el cristianismo un movimiento urbano y, sobre todo, latino. En todo caso, incluso la reacción antidonatista

³⁴ DE PALOL, P., 1967; SCHLUNK, H., 1972. Véase: BLÁZQUEZ, J M^a, 1993a, pp. 476 – 479; 1977, pp. 467-494; y 1990, pp. 187 – 204; NEIRA JIMÉNEZ, M.L., 2010, pp. 7 – 18; LÓPEZ MONTEAGUDO, G., 2004.

³⁵ GONZÁLEZ SALINERO, R., 2011.

de Agustín de Hipona está impregnada de ideas particulares africanas heredadas de Cipriano de Cartago, siendo el pueblo, la *plebs*, pieza fundamental de la construcción eclesiástica haciendo constantes paralelismos entre las instituciones municipales, estatales y eclesiales³⁶.



La comunidad hispana fue sacudida sobre todo durante las persecuciones de Decio, Valeriano y Diocleciano. Dentro de ellas, en la auspiciada por el primero (250) tuvo lugar la apostatía de los obispos de León – Astorga y Mérida, Basílides y Marcial, un claro ejemplo de la posición que tomaron las comunidades hispanas ante el conflicto. Los cristianos hispanos, contrariados por la actitud del papa de Roma Esteban I -al perdonar y restituir a los prelados apostatas que ellos mismos

habían depuesto, colocando en su lugar a Félix y Sabino-, acudieron a Cartago. A la consulta hispana respondió Cipriano, obispo de Cartago (imagen³⁷), en su sinodal *Carta 67* (254-5), dándoles todo su apoyo al destituir a un cargo eclesiástico apóstata y exhortándoles a no aceptar a ningún otro bajo ningún concepto, justificando que las comunidades pudieran expulsar a un obispo indigno por iniciativa propia. Para evitar atacar directamente los postulados romanos, la carta indicaba que los apóstatas habían engañado al obispo de Roma.³⁸

Esta discusión acerca de la actitud respecto a los *tradidores* y apóstatas será el caballo de batalla en lo que será la lucha más profunda entre dos vertientes y centros del cristianismo occidental: Cartago y Roma. Por esta carta resulta claro que buena parte de las comunidades hispanas del momento se decantaban claramente por el rigorismo, aunque tal vez no llegaron a apoyar abiertamente el cisma donatista cuando fue planteado años después por Donato, obispo de Numidia. Durante estos años el

³⁶ TEJA, R., 1990a, pp. 110-113; EVERIS, A., 2010; ESCRIBANO, M^a V., 2014, pp. 693-696.

³⁷ www.palabranueva.net/contens/1002/000102.htm

³⁸ TEJA, R., 1990a, pp. 27 – 36; BLÁZQUEZ, J.M^a, 1993b.

donatismo conformó un poderoso movimiento a principios del siglo IV, ante el cual la Iglesia romana, dirigida por Constantino, reaccionó en el Concilio de Arles (314) considerándolo herético y un claro rival a sus pretensiones de hegemonía³⁹.

La relación de la Iglesia hispana con el rigorismo africano no se limitó a este punto: sus cánones y liturgias iniciales poseen claros paralelismos con los usados en África, diferenciándose claramente de los de otras zonas occidentales y orientales. Un claro ejemplo de este hecho son los principios establecidos en el Concilio de *Iliberris* (Elvira), dirigido por Osio, obispo de Córdoba, a principios del siglo IV (hacia el año 306-311), que muestran una evidente influencia de este rigorismo en contraste con la doctrina más laxa apoyada por el papado romano. Esto es observable en diversos puntos del concilio: la rígida doctrina matrimonial prohibiendo mezclarse con judíos y herejes, la imposición del celibato, la condena de la usura, la dureza con los pecadores (divorciados, apóstatas), la entrada en la vida cotidiana de los fieles, la posibilidad de que los obispos fueran sustituidos por sus comunidades, la prohibición de imágenes (iconoclastia)⁴⁰. Desde luego, la realización de un concilio de tanto peso muestra que por estas fechas el cristianismo estaba ya más que arraigado en la Península Ibérica - habiendo prendido ya en los principales centros urbanos, entre soldados, mercaderes y mujeres; pero quizá ya también en el elemento campesino- y con una estructura eclesial firme sobre el año 300, aunque es complicado estimar precisamente su extensión geográfica o cuantitativa. Además, en estos textos iniciales de la iglesia hispana el lenguaje utilizado se asemeja mucho al usado por las iglesias africanas tanto en expresiones como en símbolos y sustancia teológica. Estas grandes similitudes son desde luego un argumento de peso, ya que es lógico que los hispanos poseyeran creencias y formas similares al lugar del cual, con probabilidad, podría haber llegado la religión cristiana.

³⁹ FERNÁNDEZ UBIÑA, J., 2003, *passim*.

⁴⁰ ESCRIBANO, M^a V., 2014, pp. 692-694.

LA REALIDAD GEOGRÁFICA

En efecto, a comienzos del siglo IV el cristianismo en Hispania parecía bastante retrasado respecto a otras regiones del Imperio, como lo prueba no solo su ya descrito intento de proveer sanciones a los obispados y liturgia propia, sino la escasez de mártires y restos arqueológicos e ideológicos en el interior peninsular, salvedad hecha de la Bética y Tarraco: ambas zonas marítimas o fluviales con gran presencia urbana, vecinas -en el caso de la primera- y magníficamente dotadas de fáciles vías de comunicación con el norte de África. Resulta especialmente relevante, en este sentido, que de los 19 obispos y 24 presbíteros que firmaron las actas del Concilio de Elvira ocho de los primeros y diecisiete de los segundos pertenecían a la Bética, demostrando el enorme peso específico de la zona hispana contigua a África en esta implantación del cristianismo inicial⁴¹. No hay que desdeñar, desde luego, la enorme importancia del Guadalquivir como vía fluvial comercial y de comunicaciones, complementada por la vía Augusta en esta conexión con el sur y en el florecimiento de la provincia Bética como centro de cristianización. Desde luego, sin desdeñar las importantes vinculaciones por tierra con las Galias y la Península Itálica, las comunicaciones terrestres eran menos ligeras que la navegación de cabotaje, fundamentalmente por la barrera que suponían los obstáculos montañosos⁴². Las Baleares fueron punto intermedio entre África y la Península Ibérica, facilitando el contacto entre ambas regiones: la concentración de los restos arqueológicos con influencia africana en el archipiélago y el Levante hispano (basílicas, mosaicos y sarcófagos, especialmente) abundaría en ello.

EL EJÉRCITO

Un factor de importancia capital en el proceso de cristianización fue sin lugar a dudas el movimiento de militares. La presencia reiterada de la *Legio VII* –la legión hispana por excelencia- durante largos periodos de tiempo en el norte de África –donde la fe

⁴¹ BLÁZQUEZ, J.M.^a, 1977, pp. 467-494; 1991, pp. 361- 372; 2006, pp. 295 – 313.

⁴² Al respecto, un estado de la cuestión en GOZALBES CRAVIOTO, E., 2012.

cristiana era fuerte- pudo resultar esencial para la propagación del nuevo credo entre los hispanos en un momento inicial. Es indiscutible y bien conocida la destacada importancia que tuvo el ejército en la expansión de otros cultos orientales y misteriosos - como el de Mitra o el de Jupiter Doliqueno- o en la misma romanización, así que es de suponer –como se pone de manifiesto, casi unánimemente en todos los estudios- que su papel en la expansión del cristianismo no fuera menor. Quizá no resulte azaroso que los primeros núcleos cristianos que conocemos organizados aparezcan en núcleos urbanos donde habitualmente se detecta la presencia de unidades de la citada legión: Mérida, Astorga-León, Tarragona, Zaragoza⁴³. Más aún, la historiografía tradicional había llegado a considerar que las *Actas de San Fructuoso*, mártir de Tarraco, por su estilo, pudieron haber sido escritas por un militar y que algún soldado cristiano –caso del centurión Marcelo- quizá fuera muerto en las persecuciones⁴⁴.

Sin embargo se ha destacado un gran obstáculo a la hora de considerar que los soldados fueran fundamentales en la difusión del credo: el hecho que buena parte de los grandes pensadores del cristianismo primitivo más rigorista, tan floreciente en África e Hispania, se declarasen fervientes antimilitaristas. Ejemplos de esta tendencia fueron Orígenes de Alejandría, Hipólito de Roma, Cipriano de Cartago o Lactancio, ya fuera por las prácticas religiosas paganas corrientes en el ejército o por el mero hecho de que matar incumplía los mandamientos de Dios. En todo caso, incluso estos rigoristas aceptaban en el seno de la Iglesia a los soldados, siempre y cuando se hubieran alistado antes de convertirse. Tales ideas fueron decayendo progresivamente al dejar de ser el cristianismo un fenómeno minoritario y especialmente cuando llegaron al poder emperadores cristianos y el propio ejército se cristianizó. Es cierto que hasta entonces las depuraciones de soldados, las deserciones y las objeciones de conciencia fueron relativamente frecuentes entre los soldados que profesaban la confesión cristiana, siendo un aspecto remarcable durante las persecuciones⁴⁵.

⁴³ PALAO VICENTE, J. J., 2006.

⁴⁴ BLÁZQUEZ, J.M.^a, 1977, pp. 467-494. PALAO VICENTE, J.J. (2006, pp. 93-94 y 389-423) discute abiertamente esta tradicional atribución cristiana de la milicia.

⁴⁵ BLÁZQUEZ, J.M.^a, 1989, pp. 68-76; ANDRÉS HURTADO, G., 2005. FERNÁNDEZ UBIÑA, J., 2000, capítulo VI.

OTRAS HIPÓTESIS

Por supuesto, hay una serie de argumentos que apuntan en otras direcciones, en este apartado intentaré exponerlos agrupándolos en cuatro grupos diferenciados: la existencia de comunidades judías, el priscilianismo, algunos restos materiales y otro tipo de argumentos geográficos y administrativos, que apuntarían a un origen itálico desde las Galias.

La posibilidad de la existencia de comunidades judías numerosas e influyentes en la Península Ibérica es un punto clave. Autores como Luis García Moreno se han basado en varias referencias bíblicas para justificar el antiquísimo origen de la comunidad hebrea en la Península, principalmente las referencias a *Sefarad* que hacen el profeta Abdías (20) y Judas Macabeo (1, 8 3-4); y la referencia a Tarsis, considerando que significa *Tartessos*, que se realiza en el relato de Jonás (I, 13) cuando este huye de Dios. Para esta tendencia de la investigación resulta indudable que había una población judía abundante mucho antes de la irrupción del cristianismo, que probablemente penetró en la Península Ibérica ligada a la entrada en la órbita fenicia de la región; y su número debió aumentar exponencialmente con las sucesivas diásporas desde Palestina en los siglos I-II. La distribución de las comunidades judías habría sido muy extensa en origen, abarcando la mayoría de núcleos urbanos de la Península, por lo cual no sería descabellado pensar que, al igual que ocurrió en Oriente, en las primeras épocas del cristianismo jugaran un papel destacado en su expansión. En todo caso la ruptura entre ambas comunidades resultó evidente al encerrarse los judíos en sí mismos con el Talmud y romanizarse los cristianos: se fueron cortando progresivamente todo tipo de lazos entre comunidades. En épocas ya más avanzadas, los cristianos empezaron a perseguir a los judíos o a forzarles a la conversión, tal y como hizo el obispo Orosio en las Islas Baleares, ya que les acusaban colectivamente de rechazar al Hijo de Dios y asesinarle, siendo una de las más funestas herencias del cristianismo primitivo hispano el incipiente antisemitismo. En el Concilio de Elvira se les señaló en diversas ocasiones, marcando claramente las diferencias entre ambas comunidades. Curiosamente, en los

cánones se penaban los matrimonios mixtos con judíos y herejes, más no con paganos. La presencia e influjo de una numerosa e importante comunidad hebrea podría oponerse a la hipótesis del origen africano del cristianismo hispano, ya que podría sugerirse que fueron las comunidades judías hispanas preexistentes las verdaderas propagadoras del credo en su momento más temprano⁴⁶.

Sin embargo, Luis García Iglesias propone una interpretación muy distinta. Para este autor no puede hablarse en absoluto de una presencia sustantiva de hebreos en la Península Ibérica anterior a la conquista romana: ni los textos referidos a las naves de Tarsis se referían a *Tartessos*, ni las leyendas medievales aportan dato alguno verificable, ni el texto de Abdías aludía a la presencia hebrea en Sefarad, sino en Sardes. Más aún, el análisis exhaustivo sobre la documentación epigráfica constata la exigua presencia judía en la Hispania romana antes del siglo II, reducida a contadas comunidades (Adra, Elche, Mérida, Villamesías en Cáceres, y quizá Ávila, Játiva, Tarragona, Cartagena, Alcalá del Río, Ampurias, Cádiz y Carmona); y, por supuesto, a través de los documentos existentes no es posible argumentar una especial riqueza de los judíos, ni una especialización mercantil: la visión tópica acerca de un “antisemitismo popular”, motivado por causas socio-económicas e ideológicas, resultaría simplemente insostenible. En definitiva, la llegada de los judíos a Hispania fue tardía y fácilmente explicable por los levantamientos en Palestina (70 y 135)⁴⁷.

En segundo lugar estaría la controvertida cuestión del priscilianismo, al cual da nombre su fundador Prisciliano, noble hispano originario de la *Gallaecia* que predicó a finales del siglo IV. Fue el suyo un movimiento ascético, con influencias gnósticas y maniqueas de origen egipcio, pues al parecer es muy probable que el maestro de Prisciliano fuera egipcio, uno de los muchos ascetas que se movieron entre Oriente y Occidente en medio de las crisis. El asceta tuvo un gran éxito en Hispania y Aquitania y el estudio de su aportación presenta como dificultad esencial el hecho de que la mayor parte de las fuentes que conservamos sean ataques furibundos de sus detractores. El priscilianismo se caracterizó por el purismo, siendo culto, antiesclavista, no áspero hacia

⁴⁶ GARCÍA MORENO, L., 1993. Cf. BLÁZQUEZ, J. M^a, 1990, pp. 187-204.

⁴⁷ GARCÍA IGLESIAS, L., 1978.

la mujer, valorando a los laicos, suave en la liturgia, promulgando la abstinencia y la pobreza. Todo ello le acarreó un gran éxito en todas las capas sociales, despertando el recelo de muchos obispos de la región, como Hidacio de Mérida, que lo vieron como un peligroso rival de la autoridad sacerdotal. Por lo tanto, Prisciliano y los suyos fueron acusados de herejía por las más diversas causas: fundamentalmente por maniqueísmo, magia, lecturas extracanónica y usurpación de la dignidad episcopal. Estas denuncias desnaturalizaron las características iniciales del grupo, que tuvo que luchar en diversos concilios (sobre todo en el Sínodo de Zaragoza, del año 380) y apelar a Roma; e intentó con cierto éxito infiltrarse en la estructura eclesial hasta que, tras varios ensayos fallidos, el propio Prisciliano fue condenado por sedición y ejecutado junto a varios de sus seguidores en el 385. Fue una de las primeras veces que el Estado fue usado como brazo secular de la Iglesia, en un claro precedente de lo que vendría después. El autor fue el emperador Graciano, que buscaba reforzar su vinculación a la fe nicena, emulando a Teodosio y congraciándose con el papa Dámaso y Ambrosio de Milán, figuras en ascenso cada vez más poderosas. Los partidarios de Prisciliano le honraron como a un mártir, en especial en la *Gallaecia*, donde el movimiento siguió latente provocando no pocos quebraderos de cabeza a la oficialidad.

El priscilianismo como movimiento parece indicar la presencia de una influencia septentrional, incluso con reminiscencias prerromanas, ya que Prisciliano fue a estudiar a Aquitania y su movimiento cuajó en la zona norte de Hispania y en el sur de las Galias. Podría ser posible incluso una relación interdiocesana hispano-gala; pero ello, con todo, no eclipsaría la influencia africana. Por una parte, la herejía se produjo ya en época muy tardía, por otro lado su represión fue coordinada por las autoridades episcopales y desde la propia Roma, indicando ya en esta época una relación de subordinación al papado, sin duda evidencia de un cristianismo ya cuajado y no incipiente⁴⁸.

⁴⁸ Sobre Prisciliano resulta fundamental ESCRIBANO, M^a V., 1987, pp. 441 – 459; 2014, pp. 703-716 (Cf. BLÁZQUEZ, J. M^a, 2003a, pp. 640-653; 2006, pp. 295 – 313).

La posibilidad de que el origen del cristianismo hispano radicase en Italia, pasando por las Galias, y no desde África es un argumento que podría sostenerse por diferentes razones, además de las recién explicadas ligadas al priscilianismo. Una de ellas, obviamente, sería la capitalidad de Roma dentro del Imperio Romano, lo cual la convertiría en un centro de ideas en el cual se encontrarían personas, en especial de las élites, de todas las provincias. Por otro lado, en la *Urbs* consta una poderosa y floreciente comunidad judía en la que prendió el cristianismo con fuerza, como lo acreditan las visitas de Pablo y Pedro en el siglo I y la famosa y cruel represión realizada por Nerón. La tradición de la Iglesia Católica presenta una lista apostólica directa desde Pedro hasta nuestros días con Roma como cabeza de la cristiandad. Sin embargo, tal continuidad sin fisuras resulta sumamente discutible, especialmente en época temprana, cuando además las comunidades eran prácticamente independientes. El papado no se instituyó como tal hasta el ministerio de Agripino de Cartago (220), que se autoproclamó sucesor de Pedro y comenzó la lucha por alcanzar la hegemonía de la Iglesia, la cual conseguirán sus sucesores, cuando menos en Occidente. Hay otra razón de peso para negar esta posibilidad: la influencia de la capitalidad de Roma no era tan grande como puede parecer a simple vista, ya que la administración romana estaba ya muy descentralizada dados los medios de la época, y más aun en a partir del siglo III, frente a constantes crisis y desgobiernos. Por otro lado, hay que recordar que territorialmente las provincias hispanas, junto a Mauritania, estaban ligadas a la prefectura de las Galias, resultando dudoso que este vínculo fuera especialmente estrecho y superase el mero marco administrativo⁴⁹.

Restan por último algunas cuestiones acerca de restos materiales, anteriormente detalladas, en especial respecto a la importación masiva de sarcófagos desde Roma, hecho que se debería a la escasez de oficinas *in situ* en las primeras etapas. Este argumento palidece al compararse estos restos materiales con aquellos con influencias africanas, que son aplastantemente mayoritarios, en especial en aquellas obras hechas en talleres hispanos, que desvelarían la ideología y los vínculos de las comunidades locales.

⁴⁹ BLAZQUEZ, J. M^a, 2003b, pp. 25-33.

En conclusión, en el estado actual de las investigaciones los argumentos que apuntan en contra del origen africano del cristianismo hispano resultan sumamente laterales y, en todo caso, han de considerarse explicaciones complementarias a este, con los pertinentes matices detallados.

DECADENCIA DE LA INFLUENCIA AFRICANA Y UNIÓN A ROMA

A lo largo del siglo IV, la relación entre el cristianismo hispano y el africano se fue debilitando y, ante la ineluctable preeminencia del papado romano, los hispanos se vieron en la necesidad de vincularse con Roma, surgiendo a lo largo de los siglos leyendas ligando la cristianización de la Península Ibérica a los apóstoles: relatos tales como las andanzas del apóstol Santiago, en especial la aparición de la Virgen del Pilar en Zaragoza y su presunta tumba en Santiago de Compostela. Esta filiación a Roma fue un proceso progresivo que tuvo lugar a lo largo del siglo IV, de la mano de emperadores cristianos que fusionaron la estructura eclesial con la estructura estatal; y dieron a Roma la primacía sobre Occidente y Constantinopla sobre el más turbulento Oriente⁵⁰.

La preeminencia romana sobre Hispania, al igual que sobre Occidente, se fue perfilando a lo largo de los papados de Dámaso (366 – 384) y Siricio. A este último acudió ya Himero, obispo de Tarraco, en el 384 pidiendo consejo ante los diversos problemas a los que se enfrentaba. La respuesta del obispo de Roma denota un claro tono autoritario y de superioridad, nombrando a Roma cabeza del cristianismo y sede apostólica, a la vez que daba a su carta el valor de un concilio y ordenó a Himero mostrarla al episcopado hispano para que cumpliesen. Concretamente, la carta aboga por la dureza con los apóstatas, aceptando parte del rigorismo donatista para hacerse aceptable a las creencias de la región, por la permisividad con los arrianos para asimilarlos al catolicismo; y por instaurar el *cursus honorum* sacerdotal unificando Occidente, incidiendo en el asunto del monacato, ya que al parecer en Hispania había una serie de monasterios mixtos en los que parecían haberse detectado no pocas relaciones amorosas ilícitas. También resulta remarcable que, en una época ya tardía, todavía se alerte en la carta de la vitalidad del paganismo hispano y de la existencia de apóstatas⁵¹.

⁵⁰ Un estado de la cuestión, con bibliografía actualizada, en FERNÁNDEZ UBIÑA, J., 2003.

⁵¹ BLAZQUEZ, J. M^a, 1993b, pp. 37-43; ESCRIBANO, M^a V., 2014, pp. 703-716.

La subordinación de la iglesia hispana a Roma resulta cada vez más evidente, ya a finales del siglo IV, si se analiza la represión a la herejía prisciliana. Esta fue coordinada desde Roma en los concilios de Burdeos y Tréveris. A pesar de ello, el cristianismo hispano, ya católico, siguió manteniendo una fuerte vinculación con el rigorismo africano y sus iglesias, aunque mucho menor en comparación con el habido en las primeras etapas, lo cual es observable en la pautina escasez de los restos arqueológicos con similitudes artísticas y simbólicas⁵².

Superadas las turbulencias generadas por el priscilianismo, la Iglesia hispana, ya firmemente católica, tuvo que hacer frente a otro problema de mayor calado ante las invasiones germanas en el siglo V. La problemática era inevitable, ya que el grupo que acabó instalando un reino en la Península Ibérica, los visigodos, habían abrazado la gran herejía contra la cual se había convocado el Concilio de Nicea en el 325: el arrianismo. Esta negaba directamente a la Trinidad al rechazar la deidad de Cristo y era originaria de Oriente, acuñada por Arrio, obispo de Alejandría a principios del siglo IV⁵³. La irrupción de los visigodos provocó una profunda división religiosa en la Península Ibérica entre la Iglesia Católica, fiel a Roma y seguida por los hispanorromanos, y la Iglesia Arriana, seguida por los conquistadores germanos. Ambos grupos intentaron fagocitar al otro con períodos de mayor o menor violencia. En todo caso la filiación de los visigodos al arrianismo era una cuestión más de diferenciación étnica -marcando la superioridad de los conquistadores visigodos- frente a los conquistados hispanorromanos, siendo muy débiles sus argumentaciones teológicas y dogmáticas. La tensa situación terminó estallando en un primer momento a finales del siglo VI en la guerra entre el rey Leovigildo y su hijo Hemeregildo, católico converso. La victoria de Leovigildo supuso una reacción arriana buscando una la unificación religiosa de la Península en el arrianismo, algo irrealizable dada la escasez de visigodos y la existencia de una profunda tradición religiosa católica en los hispanorromanos con autores como Osio de Córdoba, Gregorio de Elvira o Martín de Braga. Finalmente, el hijo de Leovigildo, Recaredo, aconsejado por los destacados clérigos y hermanos Isidoro y

⁵² ESCRIBANO, Mª V., 1987, pp. 441 – 459.

⁵³ ESCRIBANO, Mª V., 2014, pp. 698-703.

Leandro de Sevilla, abrazó el catolicismo unificando religiosamente a la Península Ibérica por fin en el catolicismo romano, con solo algunas resistencias entre la nobleza goda. La nueva situación de unidad católica romana se mantuvo hasta la llegada de los musulmanes en el 711, con la notable excepción de la tenaz comunidad judía⁵⁴.

⁵⁴ DOMÍNGUEZ DEL VAL, U., 1981.

CONCLUSIONES

La implantación del cristianismo en las Hispanias es parte de un proceso mucho más amplio: la expansión del credo a lo largo y ancho del Imperio Romano durante el Alto y, sobre todo, el Bajo Imperio Romano, además de su separación del tronco hebreo. En esta época tuvieron lugar profundos cambios bajo una apariencia de continuidad; y a la hora de acercarse a ella hay que liberarse de la sensación que es un simple periodo de decadencia.

Buena parte de los argumentos desarrollados a lo largo del trabajo apuntalan la hipótesis de que el cristianismo llegara a la Península Ibérica desde el norte de África; sin embargo, el debate historiográfico ha sido extenso y se han hecho notar otros argumentos que apuntan en otras direcciones. En cualquier caso, existe un consenso razonable por parte de las autoridades acerca de que el trayecto de la cristianización fue con seguridad similar en la forma y modo a la romanización, llegando mediante mercaderes, soldados y burócratas, extendiéndose en un primer momento por el levante, las Islas Baleares y la Bética, y desde ahí al resto de la Península.

A favor de la hipótesis africana apuntan la mayoría de las evidencias: la existencia de un numeroso y dinámico núcleo cristiano en el norte de África en las más tempranas etapas y la innegable influencia africana en el cristianismo hispano a lo largo de sus primeros siglos de existencia, tanto desde el punto de vista arqueológico -con mosaicos, sarcófagos y elementos arquitectónicos-, como desde el punto de vista dogmático, con la influencia rigorista que evidencian la famosa carta 67 de Cipriano de Cártago y los cánones, la liturgia y las formas de la Iglesia hispana primitiva cuya máxima expresión sería el Concilio de Elvira.

Esta filiación puede resultar abrupta a simple vista, dado que, al vincularse finalmente la Iglesia hispana con la católica romana, a lo largo de los siglos quedó olvidado el primitivo origen, habiéndose formulado *a posteriori* infinidad de mitos y leyendas de

dudosa historicidad, vinculándose a Roma y resaltando de las primeras épocas únicamente palmas de martirio. Sin embargo, tal y como he intentado exponer a lo largo del trabajo, es perfectamente plausible defender el origen africano del cristianismo en la Península Ibérica, si bien conviene la prudencia dada la endémica falta de documentación y la distorsión predominantes en este tipo de estudios. De hecho, la hipótesis ha generado un extenso y rico debate historiográfico, siendo matizada por diversos autores que han defendido una posible implantación desde Tarraco, la Galia, Italia o un primitivo germánico en la Península.

BIBLIOGRAFÍA

- ALVAR, J. *et alii*, *Cristianismo primitivo y religiones místicas*, Cátedra, Madrid, 1995.
- ANDRÉS HURTADO, G., *Una aproximación a la religión del ejército romano imperial: Hispania*, Universidad de La Rioja, Logroño, 2005.
- ARCE, J., *El último siglo de la España romana (284-409)*, Alianza, Madrid, 2009 (1982).
- ARCE, J.; MONTENEGRO, A.; MANGAS, J.; SAYAS, J.; ROLDÁN, J.M; BLÁZQUEZ J M^a; GARCÍA IGLESIAS, L.; TEJA, R., *Historia de España Antigua, II*, Cátedra, Madrid, 1995
- BAUTISTA VALERO, J. (ed.), *Epistolario de San Jerónimo* (2 volúmenes), BAC, Madrid, 1993 – 1995.
- BELTRÁN LLORÍS, F., “Epílogo. Las inscripciones tardoantiguas (siglos IV-V d.E.)”, en SOPEÑA, G. (ed.), *Aragón antiguo: fuentes para su estudio*, Prensas Universitarias de Zaragoza, Zaragoza, 2014, pp. 379 – 390.
- BERRAONDO, J., *El estoicismo*, Montesinos, Barcelona, 1992.
- BLÁZQUEZ, J. M^a, “Possible origen africano del cristianismo español”, *Archivo Español de Arqueología* 40, Nº 115-116, 1967, pp. 30-50.
- BLÁZQUEZ, J. M^a, “Relaciones entre Hispania y los semitas (sirios, fenicios, chipriotas, cartagineses y judíos) en la Antigüedad”, en *Beiträge zur Alten Geschichte und deren Nachleben. Festschrift für Franz Athem*, De Gruyter, Berlín, 1968, pp. 42-75.
- BLÁZQUEZ, J.M.^a, *Imagen y Mito. Estudios sobre religiones mediterráneas e ibéricas*, Cristiandad, Madrid, 1977.
- BLÁZQUEZ, J. M^a, *Aportaciones al estudio de la España romana en el Bajo Imperio*, Itsmo, Madrid 1990.
- BLÁZQUEZ, J. M^a, *Religiones en la España antigua*, Cátedra, Madrid 1991.

- BLÁZQUEZ, J. M^a, “Problemas de la iglesia hispana a finales del siglo IV, según la decretal del obispo de Roma, Siricio”, *Antiquitas. Acta Universitatis Wratislaviensis* 18, Bratislava, 1993a, pp. 37-44.
- BLÁZQUEZ, J. M^a, *Mosaicos romanos de España*, Cátedra, Madrid 1993b.
- BLÁZQUEZ, J. M^a, “Últimas aportaciones de la arqueología al conocimiento del cristianismo primitivo de Hispania, en ANDRÉS-GALLEGO, J. (ed.), *La Historia de la Iglesia en España y el mundo hispano*, Murcia, 2001, pp. 25-56.
- BLÁZQUEZ, J. M^a, *El Mediterráneo y España en la antigüedad. Historia, religión y arte*, Cátedra, Madrid 2003a.
- BLÁZQUEZ, J. M^a, “Los orígenes de la Iglesia de Roma y el martirio de Pedro y Pablo”, *Boletín de la Sociedad Española de Ciencias de las Religiones* 18, 2003b, pp. 25-33.
- BLÁZQUEZ, J. M^a, *El Mediterráneo. Historia, arqueología, religión, arte*, Madrid, Cátedra, 2006.
- CAMERON, Averil, *El mundo mediterráneo en la Antigüedad Tardía (395-600)*, Crítica, Barcelona 1998.
- CANTO, A., *Las raíces béticas de Trajano: los “Traii” de la Italia turdetana y otras novedades sobre su familia*, RD Editores, Sevilla, 2003.
- CEPAS PALANCA, Adela, *Crisis y continuidad en la Hispania del siglo III*, CSIC, Madrid, 1997.
- DE PALOL, P.; ROSELLÓ G.; ALOMAR, A.; CAMPOS, J., *Notas sobre las basílicas de Manacor, en Mallorca*, en *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología: BSAA*, Tomo 33, 1967.
- DIARTE, P., *La configuración urbana de la Hispania tardoantigua. Transformaciones y pervivencias de los espacios públicos romanos (s. III-VI d.C.)*, BAR, International Series, Oxford, 2012.
- DÍAZ Y DÍAZ, M., “En torno a los orígenes del cristianismo hispánico”, en *Las raíces de España*, Instituto Español de Antropología Aplicada, Madrid, 1967, pp. 423-443.

- DODDS, Eric Robertson, *Paganos y cristianos en una época de angustia*, Cristiandad, Madrid 1975.
- DOMÍNGUEZ DEL VAL, U., *Leandro de Sevilla y la lucha contra el arrianismo*, Editora Nacional, Madrid, Madrid, 1981.
- ESCRIBANO PAÑO, M^a V., “El cristianismo conciliar: los Concilios de Elvira, Arlés, Sárdica y *Caesaraugusta*”, en SOPEÑA, G. (ed.), *Aragón antiguo, fuentes para su estudio*, Prensas Universitarias de Zaragoza, Zaragoza, 2014, pp. 692-716.
- ESCRIBANO PAÑO, M^a V., *La Iglesia Hispana en los siglos IV y V. Aspectos doctrinales, económicas y políticos*, Universidad de Zaragoza, Zaragoza, 1987.
- EVERS, A., *Church, cities and people: a study of the plebs in the church and cities of roman Africa in Late Antiquity*, Peeters, Lovaina, 2010.
- FERNÁNDEZ UBIÑA, J., Genealogía del cristianismo primitivo como religión romana”, *Ilu*, 14, 2009, pp. 59-86.
- FERNÁNDEZ UBIÑA, José, “Los orígenes del cristianismo hispano. Algunas claves sociológicas”, *Hispania Sacra*, LIX, 120, julio-diciembre 2007, pp. 427-458.
- FERNÁNDEZ UBIÑA, José, “Constantino y el triunfo del cristianismo en el Imperio Romano”, en SOTOMAYOR MURO, Manuel y FERNÁNDEZ UBIÑA, José (coords.), *Historia del cristianismo I, El mundo antiguo*, Trotta, Madrid 2003, pp. 329-397.
- FERNANDEZ UBIÑA, José, *La crisis del siglo III y el fin del mundo antiguo*, Akal, Madrid 1981.
- GARCÍA BELLIDO, A., *El elemento forastero en Hispania romana*, Maestre, Madrid, 1959.
- GARCÍA IGLESIAS, L., Luis, *Los judíos en la España Antigua*, Cristiandad, Madrid, 1978.
- GARCÍA MORENO, Luis, *Los judíos de la España antigua. Del primer encuentro al primer repudio*, Rialp, Madrid 1993.
- GÓMEZ FERNÁNDEZ, Francisco José, "Paganismo y cristianismo en la Hispania del siglo V d. C.", *Hispania antiqua*, 24, 2000, pp. 261-276.
- GONZÁLEZ SALINERO, Raúl, “Apologética antijudía y “ecclesia” potens en Tertuliano y Cipriano”, *Polis*, 23, 2011, pp. 35-60.

- GOZALBES CRAVIOTO, Enrique, “Nuevas aportaciones a las vías romanas de Hispania, *X Congreso Internacional de Caminería Hispánica*, Ministerio de Fomento y Asociación Internacional de Caminería, Madrid 2012 (https://www.academia.edu/4484139/Nuevas_aportaciones_a_las_vias_romanasy_de_Hispania_Actas_X_Congreso_Internacional_Camineria_Hispanica_Madrid_2012_).
- GRANT, M., *M., The Jews in the Roman World*, MacMillan, Londres, 1973 (1995).
- GRUEN, E. S., *Diaspora: Jews amidst Greeks and Romans*, Harvard University Press, Londres, 2002.
- HERNÁNDEZ GUERRA, Liborio, *Actas del II Congreso Internacional de Historia Antigua: la Hispania de los antoninos*, Universidad de Valladolid, Valladolid, 2005.
- LOMAS, Francisco José, “La Antigüedad Tardía”, en LÓPEZ BARJA DE QUIROGA, P. y LOMAS F.J., *Historia de Roma*, Akal, Madrid 2004, pp. 401-638.
- LÓPEZ MONTEAGUDO, G., *Mosaicos romanos del norte de África. La no frontera entre la tierra y el mar*, Universidad de Sassari, Sassari, 2004.
- MILLAR, Fergus., *Augusto y Constantino: dos revoluciones romanas*, Universidad de Granada, Granada 2003.
- MOMIGLIANO, Arnaldo (ed.), *El conflicto entre el paganismo y el cristianismo en el siglo IV*, Alianza, Madrid 1989.
- MONTES DE OCA, F. (ed.), *San Agustín. La Ciudad de Dios*, Porrúa, Buenos Aires, 1994.
- MONTSERRAT TORRENTS, J., *La sinagoga cristiana: el gran conflicto religioso del siglo I*, Unifica Barcelona, 1989.
- NACAR FUSTER, Eloíno y COLUNGA CUETO, Alberto (eds.), *Sagrada Biblia*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1975.
- NEIRA JIMÉNEZ, M.L., *Mitología e Historia en los mosaicos romanos*, JC, Madrid, 2010.
- NEIRE JIMÉNEZ, M.L., “Aproximación a la ideología de las élites en Hispania durante la Antigüedad Tardía. A propósito de los mosaicos figurados de *Domus y Villae*”, *Anales de arqueología cordobesa*, N° 18, 2007, pp. 263-290.

- NOGUERA, J.M. Y CONDE GUERRI, E. (eds), *El sarcófago romano. Contribuciones al estudio de su tipología, iconografía y centros de producción*, 2001.
- PALAO VICENTE, Juan José, *Legio VII Gemina (Pia) Felix. Estudio de una legión romana*, Universidad de Salamanca, Salamanca, 2006.
- SAND, S., *La invención del pueblo judío*, Akal, Madrid, 2011.
- SANTOS YANGUAS, J.; TEJA, R. y TORREGARAY, E. (eds.), *El cristianismo: aspectos históricos de su origen y difusión en Hispania*, Universidad del País Vasco, Victoria, 2001.
- SCHËFER, P., *The Bar Kosiba War reconsidered*, Mohr, Tübingen, 2003.
- SCHLUNK, H., “Sarcófagos paleocristianos labrados en Hispania”, *Actas del VIII Congreso Internacional de Arqueología Cristiana. Barcelona 5-11 octubre 1969*, 1972, pp. 189-190.
- SEGOVIA, C.A., *¿Fue Pablo cristiano? El redescubrimiento contemporáneo de un judío mesiánico*, Trotta, 2013.
- SIMON, M. y BENOIT, A., *El judaísmo y el cristianismo antiguo*, Labor, Barcelona, 1972.
- SIMON, M., *Les sectes jueves au temps de Jésus*, Presses Universitaires de France, París, 1960.
- SOPEÑA, G. (ed.), *Aragón antiguo: fuentes para su estudio*, Prensas de la Universidad de Zaragoza, Zaragoza, 2014.
- SOTOMAYOR MURO, Manuel, “La llegada del cristianismo a la Península: datos históricos y explicaciones tardías”, en MUÑIZ, E. Y URÍAS, R. (eds.), *Del coliseo al Vaticano. Claves del cristianismo primitivo*, Fundación J.M^a Lara, Sevilla, 2005, pp. 213-231.
- SOTOMAYOR MURO, Manuel, *Cristianismo primitivo y paganismo en Hispania*, Universidad de la Rioja, 1981.
- STEGEMANN, E.W. Y STEGEMANN W., *Historia social del cristianismo primitivo*, Verbo Divino, Estella, 2001.

- SUREDA BLANES, F., Francisco, *La cuestión de Osio, obispo de Córdoba, y de Liberio, Obispo de Roma*, Espasa-Calpe, Madrid, 1928
- TEJA, R., “La Carta 67 de San Cipriano a las comunidades cristianas de León-Astorga y Mérida: algunos problemas y soluciones”, en *Antigüedad y Cristianismo. Monografías históricas sobre la Antigüedad Tardía*, 7. *Cristianismo y aculturación en tiempos del Imperio*, Murcia, 1990a, pp. 115 – 124.
- TEJA, R., *El cristianismo primitivo en la sociedad romana*, Itsmo, Madrid, 1990b.
- TEJA, RAMÓN (ed.), *La Hispania del siglo IV. Administración, economía, sociedad, cristianización*, Edipuglia, Bari, 2004.
- THEISSEN, GERD, *La religión de los primeros cristianos*, Sígueme, Salamanca, 2002.